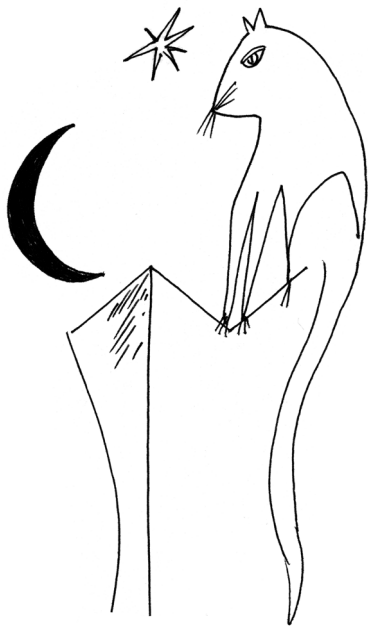


Laura Carnicer Santos

EVASIÓN



Ganadora III Certamen Internacional de Relatos
«Libros sobre Ruedas»

ediciones
del Genal



Federación
Andaluza de
Libreros

ediciones
del Genal

© Textos *Laura Carnicer Santos*

© Imagen cubierta *Rafael Pérez Estrada y derechohabientes.*
Cedida por Fundación Rafael Pérez Estrada

Autor: *Laura Carnicer Santos*

Título: *Evasión*

Dirige la colección: *Manuel Francisco Reina*

Promueven: *Ayuntamiento de Málaga y
Empresa Malagueña de Transportes (EMT)*

Diseño y maquetación: *Nuria Ogalla Camacho*

Edita: *Promotora Cultural Malagueña*

Coordina: *Ediciones del Genal*

Colabora: *Librerías Proteo y Prometeo*

Depósito legal: *MA-331-2022*

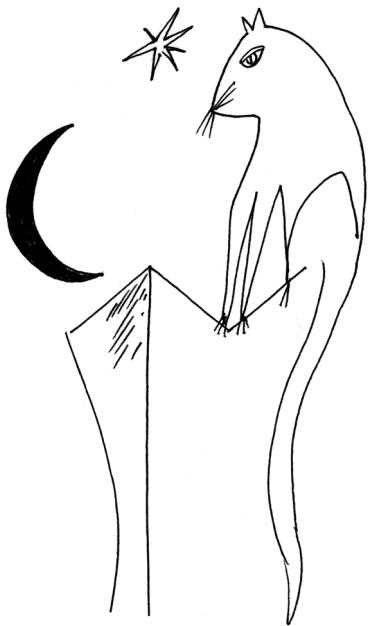
ISBN: *978-84-18896-60-6*

Málaga 2022

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.

Laura Carnicer Santos

EVASIÓN



Ganadora III Certamen Internacional de Relatos
«Libros sobre Ruedas»

EVASIÓN

Subí al autobús de forma precipitada. Saqué el monedero y empecé a buscar las monedas exactas para pagar el billete. Podía notar cómo mis manos temblaban de forma incontrolable. Pese a ello, traté de hacer gestos firmes y actuar de forma amable frente al conductor. Al darle las gracias, me giré hacia el pasillo con el monedero aún en la mano. El autobús estaba repleto de gente. No me había dado cuenta hasta ese momento, cuando el silencio que tenía en mi cabeza desapareció bruscamente.

Caminé por el pasillo con el autobús ya en marcha, evitando las miradas de los allí presentes. Pese a que nunca me gustaba sentarme en esa zona, me posicioné en el grupo de asientos del fondo, donde sabía que iba a ser más difícil observarme y percibirme. Dejé el bolso sobre el asiento de al lado, tratando de ocupar el espacio necesario para que nadie tuviese la intención de ponerse a mi lado.

Oía muchas voces a mi alrededor, de diferentes timbres y tonos, pero todas sonaban de forma alejada para mí, como si no fuesen reales. Notaba cómo mi mente estaba dando vueltas y siempre trataba de recorrer un mismo camino. Mis pensamientos desembocaban en el suceso que acababa de vivir y que no quería recordar.

Saqué mi teléfono móvil para evadirme. Ignoré *WhatsApp* y *Facebook* porque sabía que tras ellos se escondía cierta realidad, una realidad personal y cercana a la que no era capaz de enfrentarme en ese momento. Así que salté a

Twitter, donde todo es más global y difuso. Fui deslizando mi dedo por la pantalla, leyendo varias opiniones sobre la actualidad política, viendo varios *memes*, pero nada conseguía apelar-me. De ahí salté a *TikTok* y su volatilidad con el simple objetivo de dejarme llevar. Sin embargo, mi mente seguía sin centrarse en nada más allá del dolor. Quizás solo necesitaba concentrarme en algo que no fuese mi vida ni formase parte de ella. Tal vez solo tenía que levantar mi mirada y observar mi alrededor.

El autobús estaba lo suficientemente lleno para hacerte sentir incómodo, pero no lo bastante como para agobiarte. Había todo tipo de personas. Al observarlos, podías ver en cada una de ellas una historia. Sus rostros estaban delineados por algún tipo de sentimiento, permanente o volátil, que fluía junto a sus pensamientos. Aunque todos estuviésemos realizando un trayecto en autobús, cada uno tenía sus matices. Algunos irían camino de casa, otros al trabajo y algunos otros a comprar, tomar algo o divertirse. En ese espacio que ahora compartíamos, todos estábamos atravesando algo desconocido para los ojos del resto.

Inicialmente, mi mirada se centró en una pareja joven, de unos veintipocos años. La chica estaba apoyada sobre la ventana del autobús y el chico estaba frente a ella, con una de sus manos agarrando la barra de al lado. Sus cuerpos estaban cerca, pero no llegaban a tocarse.

Los dos se miraban fijamente. De hecho, al observarlos durante cierto tiempo, parecía que estaban completamente solos y el resto de nosotros éramos solo atrezo. Sus gestos

revelaban inseguridad y sus expresiones, deseo. Probablemente, habían quedado para estar juntos, hablar y conocerse mejor. O, tal vez, solo para tomar algo y acostarse. Pero no, había algo más que atracción entre ellos, una conexión profunda y novedosa. Era el inicio de algo especial.

Justo a su lado, un grupo de amigas se concentraba en coro. Mientras que la conversación de la pareja era un susurro, la de ellas era un canto. Sus voces se elevaban por encima de las del resto. No por falta de educación, sino por una sobredosis de emoción. Todas iban muy arregladas, pero cada una con su estilo. Resultaba curioso observar cómo un grupo tan heterogéneo se compenetraba de forma tan auténtica.

Parecía que no se veían desde hacía un tiempo. Todas se miraban con ilusión, se agarraban de la mano o se empujaban de broma. Estaban hablando del instituto y de la universidad, sobre todo de la gente con la que coincidieron allí. Por el tono que usaban al hablar del pasado, se notaba que eran jóvenes, pero adultas.

Entonces, sus voces bajaron drásticamente el volumen, como si alguien hubiese revelado un secreto. Todas las chicas estaban mirando detenidamente a una de sus amigas, la cual estaba relatando algo con la mirada fija en el suelo. Las caras del resto mostraban una combinación de tristeza y rabia.

Cuando la amiga dejó de hablar, el resto le acariciaron el brazo y fueron hablando de forma consecutiva. La amiga se mantuvo con la mirada distante, perdida en un recuerdo

que el resto no podíamos conocer, pero que ella estaba visualizando de forma nítida y dolorosa. Una de ellas pareció susurrar algo al resto y, al momento, todas estallaron de risa como si hubiesen escuchado lo más gracioso que habían oído nunca. La amiga también estaba sonriendo ahora. El volumen de sus voces volvió a subir y la conversación retomó el curso anterior. Pero ahora, la complicidad era mucho mayor. Eran conscientes de que, entre ellas, existía un lenguaje propio y único que ninguno de los presentes en ese autobús era capaz de comprender.

Cerca de ellas, una mujer sujetaba a una niña de unos tres años de la mano. Con la otra, trataba de mantener el equilibrio de un carrito donde un bebé estaba profundamente dormido. La niña estaba contándole a la madre lo que había hecho ese día en el colegio. De vez en cuando, la mujer respondía a la niña y le preguntaba más cosas para que ella siguiera hablando. Se notaba que estaba prestando atención a lo que le decía.

Sin embargo, su ser parecía cargar con una contradicción. Sus ojeras estaban más que presentes. Llevaba el pelo recogido y ropa cómoda, pero vistosa. Parecía el tipo de persona que le gusta arreglarse cuando sale a la calle, pero que no le ha dado tiempo a hacerlo. Aunque en sus interacciones con la niña se mostraba atenta y cariñosa, en los momentos en los que se quedaba simplemente escuchándola, su rostro cambiaba. No daba la sensación de que fuese infeliz, pero sí de que estaba cansada. Sus ojos parpadeaban de forma lenta, como si cargasen con un gran peso. Y su mirada parecía contener cierta culpabilidad y vergüenza.

Pese a eso, su expresión cambiaba cada vez que se cruzaba con la mirada de su hija. No podía evitarlo, como si fuese algo natural y, a la vez, impostado.

De espaldas a mí, una señora mayor estaba sentada al lado de la ventana. Del mismo modo que yo, daba la sensación de que estaba observando detenidamente a aquellos presentes en ese autobús. Su rostro era invisible para mí y, sin embargo, el hecho de mirarla me resultaba familiar. Podía imaginarme su cara, la forma de sus ojos, la expresión de su boca. De hecho, creía conocer sus sentimientos, las emociones que estaba experimentando en ese momento. Podía sentir su nostalgia, su tristeza, su rabia y su felicidad. Era como si, a lo largo de los años, hubiese ido acumulando todas las sensaciones posibles. Y todas ellas se combinaban de manera caótica y perfecta en su ser. Era como si entendiese lo que cada una de esas personas estaba sintiendo. Como si lo hubiese vivido.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo que estaba pasando. Mi misión de evadirme había fracasado estrepitosamente. En cada una de esas personas, me había visto a mí misma. La realidad me había atacado de la forma más violenta posible. Ahora mi mente ya no podía hacer otra cosa que recordar.

Y me llevó a los diferentes cuadros que conformaban mi existencia. Recordé cuando coincidí con ese chico que había conocido en la universidad y me había invitado a tomar algo. Sorprendentemente, ambos nos vimos en el autobús que iba de camino al lugar en el que habíamos quedado

y descubrimos lo cerca que vivíamos el uno del otro. Los dos estábamos algo desubicados porque no esperábamos encontrarnos tan pronto, pero, al mismo tiempo, éramos conscientes de la conexión aparentemente inexplicable que teníamos. Ese autobús nos llevó a una noche de copas y sexo y una relación de cinco años, intensa y dolorosa.

También recordé cuando volví a salir de fiesta con mis amigas. Todavía seguía yendo a terapia porque me sentía rota por dentro. Ellas se esforzaban todo lo que podían en hacerme sentir bien, en que recuperase la ilusión. Me hablaban del pasado, de todo lo que habíamos vivido juntas, de todas las personas que habíamos conocido, tanto las buenas como las malas. Pero mi depresión no podía evitar formar parte de ese grupo y hacer acto de presencia en los momentos más inesperados. Al final, ellas hacían lo necesario, con sus gracias, sus comentarios, sus caricias. Y hasta cierto punto me ayudaron. Comencé a disfrutar esas noches de fiesta. Al principio con descontrol, pero después, con cierto dominio.

Entonces, mi vida cambió de golpe. Sin darme cuenta, era una persona adulta y con responsabilidades; feliz, pero agotada. En una de esas noches de fiesta en las que parecía tener todo controlado, apareció algo inesperado. Conocí al que pronto se convirtió en mi marido. No sé en qué momento ambos abandonamos la libertad de la juventud y decidimos que debíamos hacer algo más que estar juntos: casarnos. Eso implicaba muchas cosas, mucha madurez. Probablemente ninguno de los dos la teníamos y queríamos seguir bebiendo y haciendo tonterías toda la noche. Pero el

curso de la vida nos llevó a ello. Y a una hija. Y a un hijo. Y entonces, entendí todavía menos dónde me encontraba.

Tenía un marido que me quería. Unos hijos maravillosos. Debía ser feliz y, puede que en algún momento lo fuese, pero algo no encajaba. No sabía si era yo o eran ellos. Y eso me mataba. No se lo conté a nadie. Guardé esa vergüenza para mí misma. Me sentía tan culpable que muchas veces no quería ni levantarme de la cama. Pero pese a todo, seguía. Seguía cumpliendo como esposa. Seguía cumpliendo como madre. Seguía cumpliendo como mujer. Pero no lograba sentirme bien. Lo que hacía de forma natural, se volvía impostado al cuestionarme si era así o fingía serlo. Esa duda constante me fue aniquilando por dentro y tomé el paso.

El autobús en el que estaba me llevaba de camino a un hogar marchito. Acababa de firmar el divorcio frente a la atenta mirada de esa persona que una vez fue mi marido, pero que ahora no reconocía. Él tampoco me reconocía a mí y puede que nunca lo hubiese hecho. Ahora, nuestros caminos solo irían unidos por nuestros hijos, no por nosotros.

De nuevo, en ese autobús, mi vida estaba fluyendo, adoptando una nueva forma. Y de nuevo, en ese autobús, no sabía qué me esperaba. Ni a mí, ni a ninguno de los presentes. Pero sí sabía qué quería ser. Algún día, esperaba sentarme al lado de la ventana y observar de nuevo a toda esta gente, recordando lo que fui, lo que soy e incluso lo que seré. Sintiendo toda la alegría, toda la tristeza, toda la rabia. Sujetando cada una de ellas en mi regazo. Acunándolas hasta que cierre mis ojos por última vez.

Laura Carnicer Santos

(Ciudad Real, 1999). Estudió la carrera de Comunicación Audiovisual en la Universidad de Málaga. Durante su trayectoria en la universidad, ganó el primer premio en el II Concurso Literario de Relatos Breves sobre Actividades Ambientales de la UMA con el relato *La estrella fugaz* (2018). Un año más tarde, ganó el segundo premio en el XI Concurso de Ensayo sobre Literatura Coreana con el estudio *Donde mueren las flores: El drama de "Actos humanos"* de Han Kang. Actualmente, se encuentra cursando el Máster en Cinematografía y Artes Visuales en la escuela de cine y sonido malagueña SchoolTraining. Además de los distintos trabajos audiovisuales realizados durante la carrera, se encuentra desarrollando tres cortometrajes, dos de ficción y uno documental.